

MARÍA EUGENIA

(Versión taquigráfica del discurso
del doctor Emilio Frugoni en la Uni-
versidad de Montevideo).

Me sobrecoge la responsabilidad de poner fin a este acto en el que acabamos de escuchar voces tan elocuentes y conmovedoras. ¡Qué podría decir yo ahora que fuese digno de esas voces y de la inteligente atención de este auditorio! Sólo me queda dejar hablar sencillamente a mi corazón.

María Eugenia Vaz Ferreira se fué de la vida inesperadamente, sin que muchos de sus amigos pudiésemos acompañar sus restos hasta la tumba. ¡Triste destino el suyo! Siempre es gran desgracia morir joven cuando se ha nacido con dones de excepción que podrían aún deparar — el tiempo mediante — los mejores frutos de oro para las cosechas del espíritu. Y ese es el caso de María Eugenia. Murió en plena juventud; su barco encalló en las sombrías costas de la muerte cuando aún llevaba las velas ampliamente desplegadas, abiertas como alas al viento de la tarde, antes de la hora crepuscular en que los barqueros buscan el refugio de las ensenadas tranquilas y dejan caer lacias — las lonas de los mástiles como brazos fatigados a lo largo del cuerpo... Antes de morir del todo, unos meses antes, la había apartado de nosotros esa ola siniestra que bate a intervalos el cerebro de ciertos ele-

gidos procurando el instante de abandono o de cansancio que le permita arrebatarse traicionadamente un espíritu hacia los abismos de la inconsciencia, donde se disuelve y extingue la personalidad. Y eso es, sin duda, más triste todavía, si ha de ser irremediable y definitivo, que la misma muerte total. Pero no pensemos que ésta ha de ser saludada como una liberación o tolerada como una terminación prevista y hasta deseable, cuando lo que consideramos es la desaparición, en una u otra forma, de un bello espíritu, fecundo y fulgurante, y esa desaparición significa una desgracia muy grande para todos nosotros, porque empobrece nuestra vida y apaga un astro en nuestro firmamento.

En la historia literaria del Uruguay, María Eugenia Vaz Ferreira ocupa un sitio que no puede serle disputado por nadie. Es cronológicamente nuestra primera poetisa. Es la primera voz femenina que se alza en nuestro medio con un claro timbre de lirismo noble y puro, tan distinto del acento balbuciente y opaco de quienes hacen versos sin poesía. Antes que ella, otras mujeres hubo, muy pocas, que cantaron, pero sin conseguir poner en el coro de poetas de su tiempo, una nota saliente e inconfundible. Ella hizo oír por primera vez en la lírica nacional un hondo y desnudo grito de mujer, abriendo la senda por donde habrían de lanzarse con más audacia y más avasallador impulso instintivo, aunque no con más conciencia artística, otras jóvenes musas nacionales. Surgió cuando tras Zorrilla de San Martín y Roxlo, cuyo estro romántico, reaccionando sobre la chatura anterior, marca una época brillante de la poesía uruguaya, una nueva generación de poetas venía a renovar formas y ritmos. Hubo en esa generación quienes, rodeando la destacada figura de Herrera y Reissig, el mayor de todos en edad y potencia creadora, hicieron flamear en son de guerra los estandartes suntuosos del modernismo, adoptando

la paternidad de Rubén Darío, de Verlaine, de Samain, de Laforgue y siguiendo las huellas del argentino Lugones, altos y númenes que en el cerebro de Herrera y Reissig se transfiguraban como metales preciosos en un crisol de alquimia y salían transformados en sustancia de nuestro poeta, en un nuevo metal para la impresión de su propio sello característico. Otros, acaso los más jóvenes, hacían su obra sin enrolarse en capilla alguna, pero renovando también de verdad el espíritu y los modos de nuestra poesía. Entre éstos, María Eugenia Vaz Ferreira, diestra amazona de Pegaso, Walkyria delicada y soberbia, hacía oír su canto de juventud; y casi en seguida, otra gran poetisa, una adolescente genial, Delmira Agustini, se lanzaba tras ella en un vuelo magnífico que fué asombro y maravilla de las almas espectadoras.

Delmira Agustini en una como embriaguez de sinceridad femenina, desnudó por completo su alma amorosa y produjo en los ojos atónitos el deslumbramiento de Friné, sagrada e intangible en la sublime impudicia de su belleza: sin velos. Ella se atrevió a decir con estúpida exaltación lo que las poetisas habían callado hasta entonces. Ella realizó en el campo de la poesía una revolución política, una afirmación enérgica de feminismo literario por la cual quedó proclamado el derecho de la mujer a expresar, como el hombre, las más recónditas inquietudes de su vida sentimental, los estremecimientos reales de su sensibilidad y de su carne, la confesión de sus vitales dichas de amor y de la turbación alucinante de sus sentidos. Ella gritó todo eso con una exultante osadía y una fuerza inesperada. Pero injusto sería desconocer que, precediéndola, María Eugenia Vaz Ferreira había dicho su palabra de mujer iniciando esa tendencia a la sinceridad de la emoción femenina, que la otra había de llevar a las más intensas expresiones con el arrebató erótico de su

estro. Además, ¿quién podía aventajarla en hondura reflexiva de pensamiento poético y en trascendencia espiritual, a ella que había sabido aliar, en algunas de sus composiciones más características, cierta gravedad sentimental de estirpe germana — con algo de Heine y de Goethe — a las líneas severas de una forma casi parnasiana?

Ella cantó gallarda y serena su admiración de mujer al varón fuerte que supiese clavarle en el pecho su oriflama de conquistador. Ya habéis oído el vigoroso soneto que tan magistralmente recitó hace un instante el doctor Prando.

Nadie, tampoco, ha dado como ella la impresión atormentada de una inquietud profunda bajo la serena majestad de los contornos estatuarios. El doctor Schinca nos ha recordado aquí, muy oportunamente, que había pensado titular *Fuego y mármol* su libro, este libro cuyos originales no dejó caer de sus manos celosas hasta que las aflojó la muerte; y ese título expresa bien la característica individual de su noble poesía. Noble poesía — eso es — por la elevación de los temas — el Amor, la Belleza, el Verbo, la Noche, la Vida y la Muerte — y por el tono austero, la dignidad clásica de las imágenes y la magistral aplicación del léxico, que sus manos pulsaban como un arpa, arraucándolo sones graves y poderosos cuya vibración envuelve los sentidos y la muerte en una onda de sugerencias infinitas. Su voz, algo sombría, traduce angustias hondas, mientras los versos se alzan con cierta fuerza masculina, imponentes, augustos y terriblemente castos como las estatuas pensativas que velan con su sombra de eternidad el misterio infinito y el sueño inviolado de los mausoleos. Recordemos sus cantos a la noche, y sobre todo este:

HACIA LA NOCHE

¡Oh noche!, yo tendría
 Una palma futura, desplegada
 Sobre el gran Desierto,
 Si tú me das por una sola noche
 Tu corazón de terciopelo negro.
 Y yo, al compás de su morena sangre,
 Canto con las ondas beatas el sacro silencio.

 Mi canto será vivo,
 Sólo por el deseo
 De serenar la cotidiana angustia...

¡Oh noche!, yo te quiero
 Sin el fulgor de luminosos astros,
 Sin marinos clamores,
 Y sin la voz que finge
 En los cráneos sonoros el rumor de los vientos...

¡Oh dulce noche mía! ¡oh dulce noche!
 Aunque el glorioso pájaro del alba
 Itompa después mi lapidario ensueño,
 Y un polvo de inquietud arda en mis ojos,
 Y me seas de nuevo
 Sólo una palma antigua, replegada
 Sobre el gran Desierto.

Por otra parte, era la suya de esas almas que sienten la voluptuosidad de sus punzadores afanes y hallan en esa tortura una virtud y una razón de vivir. Ella podría, acaso por eso, suscribir en cierto modo y desde cierto punto de vista, aquellos versos de Giordano Bruno, el filósofo, poeta y mártir:

*"Eli bench'il fin bramato non consegna
 E'n tanto studio l'alma si dilegna
 Basta che sia si nobilmente accesa"*.



MARIA EUGENIA VAZ FERREIRA

-

Aunque no consiga el fin deseado y de tanto arder el alma se consuma, basta que sea tan noblemente encendida.

Pero, ¿por qué se asocia en mi mente el recuerdo de Giordano Bruno al de María Eugenia? No es, como pudiera parecer, una aproximación fortuita de dos nombres en esta hora de solemne recordación. Yo tengo una razón especial, personalísima, muy mía, para introducir en este discurso la sombra de aquel gran mártir de la libertad de pensamiento. Es un episodio que vive en mi memoria como una estrella inapagable. Séame permitido relatarlo aquí.

• Daba yo en este mismo recinto una conferencia sobre Rodó. Entre la concurrencia, sentada en una de las primeras filas, en el extremo de una hilera de asientos — me parece estarla viendo allí todavía, — se hallaba María Eugenia. A cierta altura de mi disertación, comentando las ideas de Rodó en su *Liberalismo y Jacobinismo*, traje a colación el gesto de Giordano Bruno, cuando momentos antes de cumplirse la bárbara sentencia, un fraile le acercó a los labios un crucifijo para que lo besara, y él dió vuelta el rostro con desdén, porque veía en el crucifijo, no la imagen del sublime Jesús, sino el símbolo de la alucinación de la iglesia que lo condenaba a la hoguera.

María Eugenia — la estoy viendo — se levantó en señal de desagrado y se retiró, altiva, del salón. Otras señoras, sobre todo en las galerías, se creyeron entonces obligadas a protestar también, retirándose. Su actitud fué propicia al menguado interés de mi conferencia, porque gran parte del público, reaccionando contra la muda protesta, estalló en calurosos aplausos de desagravio. Pero, allá — también me parece estarla viendo — en aquellas localidades altas del segundo plano, estaba mi madre, que había venido a escucharme con ansiedad y ternura, y tal vez, hasta ese instante, con

alegría. Mi madre era católica ferviente. Quizás mis palabras, que no encerraban — lo aseguro con energía — agravio alguno para ningún sentimiento religioso sincero, le hubiesen pasada inadvertidas o las hubiese comprendido en su respetuoso alcance real. Pero el gesto de María Eugenia y el movimiento de retirada provocado por ésta, le hizo pensar, sin duda, que yo era un blasfemo y me vió despreciado por los corazones devotos como un delincuente sin perdón.

Y al día siguiente, cuando fui a verla, mis hermanas me enteraron — porque ella nada me dijo ni yo pude decirle nada — de que se había pasado toda la noche desvelada y llorando. La acongojaba probablemente la visión de su hijo hereje, del cual se apartaban con horror las almas piadosas. Y acaso se creía un poco responsable, por ser mi madre, de las blasfemias abominables brotadas de mis labios.

No pude menos de sentir un sentimiento de rencor contra María Eugenia. Ella había provocado esa crisis creando la situación teatral que había sumido en la angustia el corazón de aquella santa mujer para quien su hijo fué tanto un amor entrañable como una preocupación dolorosa...

A los pocos días, María Eugenia trató de verme y fué con ese fin a una casa donde sabía habría de encontrarme.

¡Está muy enojado!, me preguntó.

—Debiera estarlo, le respondí. Pero ya no lo estoy.

No supo que ella había sido la causa ocasional de uno de mis grandes sinsabores. Desde entonces, como si tuviese el presentimiento de haberme hecho daño, de haber agregado un poco de dolor al drama íntimo de mi vida, se me acercó espiritualmente, hizo más ceñida y bondadosa su amistad, que caldeaba con el fuego tranquilo y próximo de las confidencias literarias.

Adiviné, así, su amargura cuando se la relegó un poco al olvido, sobre todo ante la aparición gloriosa de un astro que acrecentó de golpe la luz del mundo, cereniéndose sobre nuestro espíritu con las alas vibrantes de un pájaro ebrio de azul y de sol. Era la irrupción alada de Juana de Ibarbourou, que nos traía una música ingenua e inmortal, hecha del rumor de los árboles, del alborozo de las aves, del murmullo de los arroyos, de la canción de los vientos, y nos inundaba el alma de un perfume de praderas en flor, de pasto verde, de campo fresco y de mañanas de primavera.

La indiferencia de que se creyó objeto, la desconcertó un instante y la hizo dudar del valor de su obra. Hoy ya no tienen importancia sus dudas y vacilaciones. Allí están sus versos. Sus dudas no alteran el ritmo firme de esas estrofas que por encima de ella, abatida por la muerte en mitad de la vida, siguen su vuelo seguro a través de las almas con esa su ardiente carga de afanes espirituales que se agitan como llamas al viento en la atmósfera de la inspiración creadora del poeta.

En esas estrofas vive la esencia inmortal, contradictoria y única de esa extraña mujer que al lado del culto pagano de la belleza encendía en su corazón la lámpara votiva de los fervores cristianos, y cuyo espíritu recordaba, por lo mismo, a una de esas epopeyas del Renacimiento en que la fantasía del poeta mezolaba los dioses gentiles del Olimpo con las figuras de la leyenda cristiana, haciendo alternar a Venus o Minerva con la Virgen María y a Apolo con Jesús.

Ya han hecho notar aquí los oradores que me precedieron, que hay en sus últimos tiempos un *leit-motif* wagneriano, una invocación predominante al silencio eterno, al sueño sin fin. Clama por su "hermana" la Noche y pide el regazo de la tierra para echarse en él a descansar para siempre. Ese sentido y ese afán

de eternidad que puso en todos sus versos, se vuelve casi obsesionante en sus últimas composiciones.

Ya está en ese regazo. La "hermana Noche" le ha dado "la eternidad de su silencio", que ella le pedía con el canto más puro lanzado a los aires por su maravilloso "árbol nocturno", como ella llamó a su propia alma soñadora e insomne. Y ahora sólo nos queda inclinar con pesadumbre la frente porque ella pasa ya ante nosotros, tendida de espaldas, mirando al cielo, sobre el silencioso carro de la Noche, que está hecho de sombra, pero se desliza incesantemente por los caminos del espacio y del tiempo sobre las ruedas luminosas de las constelaciones.

Y de hoy más, al levantar nuestros ojos a la bóveda nocturna, nuestro pensamiento no podrá menos de volar a la poetisa muerta que pegó sus labios febriles a la ancha copa de la Noche para embriagarse de silencio y apurar hasta las heces el vino quimérico de las estrellas sonámbulas.

Entretanto, apretemos sobre nuestro corazón su recuerdo y que él nos sirva de amuleto en nuestras andanzas por la belleza y por el ideal.

EMILIO FRUGONI.